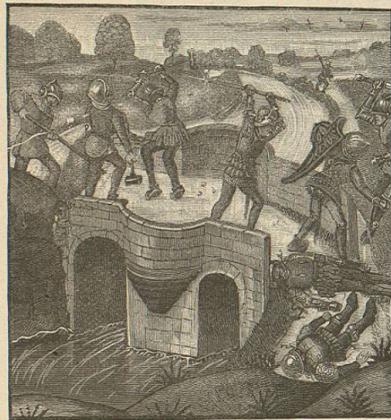


De todo esto se infiere que el rey, antes tan inepto y flojo, se había transformado por completo desde que se hallaba bajo la influencia de varones patriotas y enérgicos, y había llegado á ser lo que Juana de Arc había creído encontrar en él en sus ensueños extáticos, á saber: la personificación de la patria y de la monarquía francesa. El trono, salvado milagrosamente, había salvado á la patria. Esto decidió el resultado final de la guerra con Inglaterra, cuyas fuerzas se encontraron paralizadas por dificultades interiores, precursoras del castigo terrible que aguardaba al pueblo inglés por su complicidad en la usurpación del trono llevada á cabo por los Lancáster.

Cuando volvió á estallar la guerra despues de haber concluido definitivamente la tregua, prorogada diferentes veces, los franceses, que habían recobrado sus cualidades militares, obtuvieron ventajas sobre ventajas. En 1449 conquistaron



Lucha con mazas de combate en un puente.

Miniatura de la traducción del Valerio Máximo hecha por Simon de Hesdin y Nicolás de Gonesse. Manuscrito de la segunda mitad del siglo XV (biblioteca municipal de Breslau).

la Normandía, que en 1452 fué incorporada permanentemente al reino. En los cuatro años siguientes fueron sometidas la Guena y la Gascuña, á pesar de la resistencia del valiente Talbot, que murió en 1453 en la batalla de Chatillon. Con él perdió la Inglaterra el último gran capitán que le había quedado. De todas las conquistas en el continente solo quedó en poder de los ingleses Calais; todas las demás comarcas francesas estaban reunidas bajo el cetro de un mismo soberano, que supo ganar el afecto de todos sus súbditos con su política prudente y benévola; y finalmente se extinguió la guerra, despues de haber durado mas de un siglo, sin haberse pactado formalmente la paz, porque Inglaterra no se vió ya en estado de continuar la lucha.

Veinte años habían pasado desde la aparición de Juana de Arc cuando la independencia nacional de Francia, iniciada por ella, quedó realizada; lo que ella había sentido y oído en sus visiones era un hecho positivo: los ingleses habían sido expulsados del suelo francés; y despues fué también rehabilitada la fama de la profetisa y glorificada su memoria cuando las pasiones de partido, que en vida de aquella mujer tenían enturbiado y prevenido contra ella el buen criterio de los franceses, se habían evaporado y todos los franceses se habían reunido bajo el pendon de la patria comun. El derecho de Carlos VII había salido triunfante,

y los hombres que en su corte privaron y habían intrigado contra la heroína, habían quedado deshonrados ó habían perecido miserablemente. Toda la Francia, el rey y el pueblo comprendieron la magnitud de la horrible ingratitud de que se habían hecho culpables respecto de la infortunada y generosa doncella, y la afrentosa mancha que la sentencia de Ruan y el martirio de la víctima habían impreso al reinado de Carlos VII. Comprendieron el rey y todos los patriotas que era preciso restablecer la fama de Juana de Arc, aunque no fuese sino para que los enemigos del rey no dijese que éste debía la corona á una impostora ó á una bruja. No faltaron, sin embargo, entonces personas que para no reconocer el mérito de Juana de Arc, atribuyeron la transformación del rey y todas sus consecuencias benéficas á la querida de Carlos VII, Inés Sorel, á quien en 1443 (1) introdujo en la corte Pedro de Brezé á fin de cobrar por su medio el ambicionado ascendiente sobre el rey; pero la verdad es que cuando la Sorel llegó á la corte se había verificado ya todo lo bueno que se le ha querido atribuir. Por otra parte, la familia, y muy especialmente la madre de Juana de Arc, trabajó para restablecer el honor de la doncella, pero solo consiguieron su objeto cuando acudieron á su auxilio la conciencia de la nación y el interés político del rey. Entonces, en el año 1452, se solicitó del papa Nicolás V que hiciera revisar la causa de Juana de Arc; el Papa se negó á ello; pero su sucesor Calixto III accedió y nombró al efecto una comisión especial, que reunió cuidadosamente todo el material y examinó minuciosamente todas las actas y testimonios; y entonces se descubrió con terrible evidencia la iniquidad de Cauchon y de sus secuaces, y se hicieron patentes las omisiones, tergiversaciones y falsificaciones de los protocolos, el ningun caso que se había hecho de la apelación de Juana al Papa, y la perfidia con la cual se había empujado á la desventurada joven á la reincidencia. El resultado fué que la Iglesia anuló en el mes de julio de 1456 el fallo pronunciado por el tribunal eclesiástico de Ruan por estar basado en declaraciones arrancadas á la fuerza, invertidas y falsificadas, y haber sido ejecutado sin atender á la apelación de la acusada al Papa. En su virtud fué restablecida la buena fama de la víctima y lavada su familia de toda mancha. El clero francés, en procesion solemne, se dirigió al sitio donde el cuerpo de la doncella había sido reducido á cenizas, y allí erigió en expiación de su injusticia y en memoria de la víctima una cruz.

Expiada la injusticia, restablecido el honor de la salvadora de Francia y libre de toda mancha la corona de Carlos VII, pudo el pueblo francés honrar agradecido y sin escrúpulo la memoria de Juana de Arc.

CAPITULO V

CAMBIOS OCURRIDOS EN LOS PAÍSES DEL NORTE Y ESTE
HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XV

(1397-1456)

En tiempo de Wenceslao, cuando este rey con su indolencia, debilidad é inactividad, aceleraba la desmembración del imperio alemán, destrozado por innumerables guerras interiores, muchos alemanes dirigían sus miradas con cierta envidia al imperio bien organizado y floreciente atravesado por el Vístula y el Memel, es decir, á los Estados de la órden teutónica, á cuya cabeza estaba entonces Vinrico de Kniprode. Su creación, el imperio temporal de la órden en el Nordeste de Alemania, representa la manifestación mas

(1) *Histoire de Charles VII*, por Beaucourt.

grande y postrera de la vitalidad de la raza alemana en su lucha secular con el elemento eslavo. La caída de esta creación política fué acelerada por la descomposición del imperio alemán, en el cual se apoyaba y al cual servía de baluarte contra la Polonia y los otros pueblos eslavos vecinos. Contra este modesto imperio de la órden dirigió su formidable ataque el Norte escandinavo, reunido bajo un cetro único por el pacto de Calmar á consecuencia del movimiento nacional que se manifestó en aquellos pueblos á fines del siglo XIV, mientras por el Este atacaban á Alemania los polacos en union con otros pequeños pueblos eslavos. Los escandinavos se apoderaron de la isla de Gotland, desde la cual la órden había dominado el Báltico, con cuyo dominio había llegado á ser la primera potencia del Norte. La batalla de Tannenberg quitó á la órden su posición dominante del Nordeste y la entregó á los polacos, que llegaron á ser vecinos inmediatos de Pomerania y de la Marca de Brandeburgo. Esta pérdida territorial fué la mas sensible que el imperio experimentó en aquella época y cuyas consecuencias está sufriendo todavía. Así como la batalla de Azincourt destruyó la importancia militar de la nobleza feudal en Francia, y los ejércitos husitas la desacreditaron en Bohemia y en los países alemanes vecinos, del mismo modo acabó con ella en el Nordeste de Alemania la batalla de Tannenberg; bien que en este último caso el desastre militar fué la consecuencia de una descomposición lenta y constante impulsada por una corriente social y un cambio lento de la situación política.

Desde que la conversión de Yagelon y de su pueblo al cristianismo y su elevación al trono de Polonia habían quitado á la órden teutónica el derecho de hacer en el país de los lituanos aquellas batidas feroces que desde largos años constituían sus principales hazañas guerreras, se manifestaron cada día mas los defectos y vicios de esta corporación caballeresca. Desde que los nobles alemanes se habían acostumbrado á colocar á sus hijos segundones en la órden teutónica para darles buena carrera y participación en el dominio, en las riquezas y en la vida regalada de la poderosa y opulenta órden, se habían aumentado constantemente las quejas de los súbditos, motivadas por la opresión y los atropellos brutales de los caballeros. Hasta la nobleza territorial de los dominios de la órden había formado en el año 1397 en Rheden la liga llamada de los Lagartos, para su defensa comun. Las ciudades apoyadas en la poderosa liga anséatica estaban descontentas de la competencia que hacia á su comercio la órden con sus empresas y especulaciones mercantiles en grande escala, y en semejantes condiciones era muy natural que la órden sucumbiera ante el primer ataque enérgico que pusiera á prueba su fuerza militar.

Antiguísimo era el antagonismo entre los polacos y los alemanes; para aquellos jamás habían sido éstos mas que unos salteadores extranjeros. Por otra parte, la órden con sus conquistas territoriales había quitado á los polacos la comunicación con el mar, comunicación para ellos de importancia tan grande que no reparaban en sacrificios para recuperarla. Era además de absoluta necesidad para la órden, desde la reunión de la Lituania á la Polonia, tener completamente asegurada la comunicación con Alemania, á cuyo fin tenía que defender con todas sus fuerzas su dominio sobre la Marca Nueva y los pasos del Netze cerca de Driesen, de los cuales los polacos tenían también el mayor interés en apoderarse. La posesión de estos territorios fué el motivo de la renovación de la lucha entre las dos potencias. El rey Segismundo trató de impedir la guerra con su mediación y sus artes diplomáticas, pues como rey de Hungría no le convenia que la Polonia aumentara su poder, y por otra parte

no queria enemistarse con esta potencia vecina de Hungría, donde el trono de Segismundo no estaba del todo seguro. A esto se agregó una sublevación de los samaitas contra la órden, apoyados abiertamente por la Lituania y la Polonia, y el resultado fué que en el año 1409 estaba todo el Nordeste resonando en preparativos bélicos, que pronto dieron lugar á choques. Segismundo logró detener el movimiento imponiendo su arbitraje á la órden como emperador del sacro imperio, pero los polacos ningun caso hicieron del tal arbitraje, y en la primavera del año 1410 un ejército formidable polaco-lituano reforzado con bandas rusas, tártaras y otras hordas bárbaras y con tropas mercenarias checas, bajo el mando del rey Uladislao II, se dirigió á la frontera meridional del territorio de la órden teutónica. Su gran maestro Ulrico de Jungingen, auxiliado por los grandes dignatarios de la órden, esperó con su ejército al enemigo en la comarca de Thorn. Componiase este ejército de los caballeros de la órden, de gran número de soldados mercenarios y de contingentes de la nobleza territorial, que si bien debía á la órden vasallaje, simpatizaba en secreto con los polacos, cuyo triunfo podia mejorar su situación. Además el gran maestro esperaba refuerzos del imperio alemán, y se había provisto de artillería, por lo cual aguardó el ataque del enemigo con gran confianza y seguridad. Segismundo interpuso otra vez su mediación y detuvo por un cortísimo tiempo á los dos beligerantes, pero á principios de junio el ejército polaco-lituano atravesó la frontera entre Lautenburg y Soldau con la intención al parecer de dejar al ejército de la órden á la izquierda y marchar directamente sobre Marienburg, la fortaleza principal de la órden. Terriblemente asolado el país las hordas bárbaras que se habían agregado á la hueste polaca; la pequeña ciudad de Gilgenburgo fué entrada á saco y devastada. Al saber esto el gran maestro acudió con su ejército, y despues de una marcha forzada durante la noche del 14 al 15 de junio de 1410, en medio de una tempestad deshecha, se presentó por la mañana de este último día delante del enemigo, mucho mas numeroso, que acampaba en lo alto de una loma prolongada en las inmediaciones de la aldea de Tannenberg, entre Gilgenburgo y Hohensstein. Ulrico de Jungingen formó su gente en órden de batalla, pero nadie se movió en el campamento polaco. Uladislao queria al parecer evitar la batalla; mas cediendo á las vivas instancias de los magnates polacos y de su belicoso primo Witoldo, dió órden á su hueste de formarse para combatir. El jefe militar de la órden, ó sea el mariscal, envió al rey de Polonia un reto en toda forma, y pasado el mediodía empezó la batalla, mientras Uladislao oraba prosternado ante el altar de su capilla de campaña. En una pequeña hondonada entre las dos posiciones tuvo efecto el choque de los ejércitos: los polacos cedieron; los caballeros teutones derrotaron el ala izquierda, formada por los lituanos, los cuales huyeron y fueron perseguidos tan imprudentemente por los caballeros, que una parte de la hueste polaca pudo arrojar sobre el resto del ejército teutónico, ocupando al propio tiempo el puesto que habían dejado libre los perseguidores de los lituanos. Así, cuando aquellos caballeros volvieron de la persecución encontraron á los suyos en plena derrota sin poderles ayudar, porque ellos mismos se veían atacados por fuerzas superiores por la espalda y el flanco. En tan crítica situación, el gran maestro con las fuerzas mas escogidas que tuvo á su alrededor se arrojó sobre el enemigo y se abrió camino hasta cerca del rey y de su séquito y guardia. Un caballero teutónico iba á derribar al rey de una lanzada cuando un polaco paró con gran destreza y prontitud el golpe, y entonces entablóse una terrible pelea cuerpo á cuerpo en la cual perecieron el gran maestro y los que estaban con él.

La última esperanza de dar á la batalla un giro favorable desapareció cuando los vasallos nobles de la orden, en su mayor parte miembros de la liga del Lagarto, abandonaron el campo de batalla en lugar de lanzarse sobre los polacos. Entonces se apoderó el pánico del resto del ejército, que se dispersó, huyendo los soldados á la desbandada y metiéndose en los pantanos y entre las innumerables lagunas que cubrían entonces todo aquel país. Perseguidos de cerca por el enemigo, éste hizo una horrible matanza en ellos. Las noticias que se han conservado de aquella derrota espantosa, exagerando mucho los números hablan de 15,000 prisioneros que hicieron los polacos y de 42,600 muertos que tuvo el ejército de la orden, entre ellos 2,000 de sus caballeros y seiscientos auxiliares. La verdad es que la orden fué aniquilada con su ejército, y su territorio quedó en poder de los polacos, que se extendieron por todo el país saqueando é incendiando cuanto encontraron á su paso. Los comandantes de los castillos y demás puntos fuertes los entregaron cobardemente al enemigo sin resistencia; y los nobles territoriales, lo mismo que las ciudades, se apresuraron á porfía á someterse al vencedor, el cual prometió respetar los fueros y privilegios de los que le prestaran obediencia y homenaje. Este fué el fruto del régimen tiránico y duro de la orden, la cual por lo demás estaba tan desmoralizada que muchos caballeros y jefes al saber lo que pasaba abandonaron los puestos que les estaban confiados y llevándose cuantas riquezas y objetos de valor pertenecientes á la orden pudieron haber á las manos, se retiraron á toda prisa al territorio alemán.

Un solo hombre, el comendador de Schwetz, Enrique de Plauen, se mantuvo sereno y firme; con la fuerza que mandaba se dirigió á toda prisa á Marienburgo, el establecimiento central de la orden, á donde llamó á todos los destacamentos de los puntos no ocupados todavía por el enemigo y reunió así aproximadamente 4,000 hombres. Entonces hizo pegar fuego á la ciudad y se encerró con los habitantes y las fuerzas reunidas en el castillo; Plauen, nombrado sustituto del gran maestre por los altos dignatarios de la orden que habían sobrevivido á la catástrofe, hizo proposiciones de paz á Uladislao II, el cual no las admitió y empezó el sitio de la plaza, mientras sus tropas en union de los lituanos, rusos y tártaros asolaban el país y mientras las deserciones de nobles y ciudades continuaban, sin exceptuar la importante ciudad de Dantzig, la cual aprovechó la situación angustiosa de la orden para declararse independiente, á pesar de que acababa de enviar un contingente de tropa á Marienburgo. El clero siguió el ejemplo de la nobleza y de las ciudades; los obispos, antiguos enemigos de la orden, se presentaron al rey de Polonia y le prestaron homenaje y juramento de fidelidad en su campamento delante de Marienburgo. Sin embargo, el sitio de esta plaza no adelantaba y los calores del verano, las enfermedades, los excesos bestiales, la humedad de aquellos territorios bajos y la tardanza del esperado éxito desalentaron á las tropas, sin que Uladislao pudiese reanimar su entusiasmo. Una tentativa para apoderarse de la plaza por traicion fracasó; Witoldo de Lituania opinó por marcharse con su gente á su país, comprendiendo el peligro á que se exponía si ayudaba á su primo á aumentar su poder con nuevas victorias; y como por otra parte los defensores de la plaza esperaban auxilio armado de Alemania, Uladislao juzgó prudente levantar el sitio, y así lo hizo á fines de setiembre, emprendiendo la retirada en dirección al Sur, no sin hacer asolar de nuevo todo el país. Entonces se vió que la orden no había sido aniquilada del todo: acudieron fuerzas numerosas de sus dominios mas orientales, que habían quedado libres de la guerra; de Livonia llegó todo un

ejército, y la orden recuperó la Varmia (1), la ciudad de Elbing y algunos castillos. Otros que no se habían entregado á los polacos se mantuvieron fieles y firmes. Todo esto enfrió el humor belicoso, decaído ya, de Uladislao, y sus súbditos también empezaron á sentir la necesidad de la paz.

Entretanto había sido elegido gran maestre de la orden el vigoroso y decidido defensor de Marienburgo; pero sus pretensiones fueron tales que dieron origen á nuevas luchas, y la paz que finalmente se firmó en Thorn, en febrero de 1411, dejó con poca diferencia las cosas como estaban. Witoldo recibió á Samaiten en propiedad vitalicia, y respecto de la propiedad de Driesen, convinieron las partes en someterse al arbitraje del rey de Alemania. Lo peor para la orden teutónica fué un convenio separado que hizo con el rey de Polonia obligándose á pagar á éste, por rescate de la gran multitud de prisioneros, la suma enorme de seis millones de gros (2). Esta obligacion fué para el país, arruinado ya y completamente exhausto, causa de otra nueva miseria y para la orden el motivo de la pérdida del último resto de dominio territorial; porque aborrecido ya su gobierno, hubo de recurrir á medidas mas despóticas que nunca para pagar aquella suma, que debía hacer efectiva en pocos y cortísimos plazos, y obtenerla de sus súbditos, saqueados ya por las hordas bárbaras en la última guerra. A esto se agregaba que justamente las clases mas pudientes eran las que simpatizaban con la Polonia, y no querían contribuir en manera alguna á salvar la existencia de la orden como potencia territorial; ni era la conducta de ésta y de sus representantes la mas propia para conservar simpatías, que nunca se había cuidado de conquistar. El comendador de Dantzig, hermano del gran maestre, para hacer abortar el plan de los habitantes de ponerse bajo la protección de Polonia atrajo con un pretexto al castillo al alcalde Letzkau y al regidor Hecht, de la ciudad, y les hizo matar. Entre las medidas odiosas de que la orden echó mano para hacerse con dinero, y que acabaron de exacerbar los ánimos de sus súbditos esquilimados, figuró una especie de papel-moneda, en forma de cédulas, que siendo luego despreciadas introdujeron la mayor confusion en los precios y causaron al comercio, y particularmente á las ciudades, perjuicios insostenibles. Siendo todavía insuficiente este recurso, decretó la orden un impuesto personal, que fué exigido á los nobles, al clero, á los industriales y hasta á los criados y mozos de labranza. La orden no tenia otra alternativa sino aprontar puntualmente las sumas del rescate en los plazos fijados ó verse atacada de nuevo por las huestes de Polonia y exponer al país á nuevos saqueos y devastaciones, á los cuales habria contestado pasándose inmediatamente al enemigo. No por esto perdió el gran maestre su serenidad, antes bien se mostró decidido á adoptar medidas extremas para hacer frente hasta lo último á la suerte adversa y hacer la paz entre el gobierno y los súbditos de la orden.

El rey de Polonia tenia evidentemente el propósito de reducir á la orden al último extremo por medio de toda clase de vejámenes y pretextos, no dejándola descansar, para darle en el momento favorable el golpe de gracia. El arbitraje de Segismundo tocante á la posesion de Driesen fué contrario á la orden, y en 1412 fué incorporada toda la Nueva Marca (3) al reino de Polonia: golpe fatal para la orden, tanto bajo el punto de vista militar como bajo el político. Para

(1) Un distrito de la provincia de Königsberg, antiguo obispado, durante largos siglos dependiente directamente del Papa. Uno de sus obispos fué Eneas Silvio Piccolomini. (N. del T.)

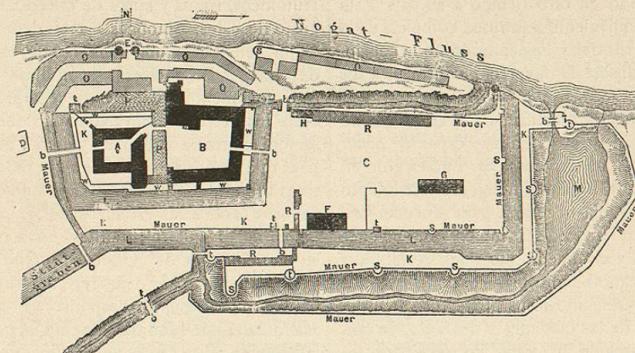
(2) Aproximadamente, 3.750.000 pesetas.

(3) De la cual el castillo de Driesen, hoy ciudad, era la plaza fuerte principal y la mas antigua. (N. del T.)

salir de su situación inaguantable, no quedaba á la orden mas camino que jugar el albur de una nueva guerra con Polonia; mas para emprender semejante guerra era menester estar seguro de la adhesión y fidelidad de los súbditos y que éstos se entusiasmaran por la independencia política del Estado de la orden. Para lograr esta buena armonía entre los gobernantes y los gobernados, el gran maestre concibió la singular idea de introducir en aquel país apartado una especie de representación nacional compuesta de veinte nobles y 27 diputados de las ciudades, que debían reunirse cada año en Elbing para cooperar á la creación y reparto de contribuciones é impuestos, á la fijación de la ley de la moneda y á otras medidas generales relacionadas con el tesoro.

Esta innovacion era á todas luces escasamente compatible

con la organizacion esencial de la orden y de sus posesiones territoriales, organizacion autocrática y feudal-absolutista que á la sazón predominaba en todo el Occidente, en el órden social como en el político, y cuya impotencia incurable se evidenció en los tres lustros siguientes con los grandes desastres que sufrió la fuerza militar de la caballería feudal. En concepto de los caballeros teutónicos, entre los cuales el gran maestre Enrique de Plauen no encontró al parecer ninguno con aptitud suficiente para auxiliarse en el gobierno, la citada innovacion era sin duda un atentado á la vida de la orden. Ya estaban todos los caballeros descontentos de su gran maestre por el rigor inflexible con que se esforzaba por restablecer la antigua disciplina y porque habia castigado á aquellos caballeros que en la guerra última se habian conducido como cobardes ó hecho culpables de traicion.



Plano de Marienburgo.

A. Castillo antiguo. - B. Castillo medio ó nuevo. - C. Castillo bajo. - D. Iglesia de la ciudad. - E. Antigua cabeza de puente fortificada. - F. Arsenal. - G. Antigua cuadra de caballería. - H. Iglesia de San Lorenzo. - I. Torre del Suero. - K. Murallas. - L. Fosos. - M. Estanque. - N. Puente del Yugo. - O. Casas que reunidas llevan el nombre de castillo avanzado. - P. Fosos secos. - R. Accesorias. - S. Baluartes. b. Puentes. - t. Torres. - w. Caminos de muralla.

También les disgustaba grandemente la tendencia absolutista y autocrática con que el gran maestre prescindía del consejo consultivo de los altos dignatarios de la orden, que no aprobaban sus proyectos y manera de proceder. Varias conspiraciones contra él habian sido descubiertas, y el rigor con que habian sido castigados los culpables habia aumentado el odio de los enemigos del gran maestre dentro de la orden. Entre estos enemigos, algunos lo eran porque no aprobaban una nueva guerra con la Polonia y Lituania, otros por intereses personales mezquinos, y otros porque estaban convencidos de la imposibilidad de salir airosos de semejante empresa. Finalmente se aliaron todos los descontentos contra el salvador de las posesiones territoriales de la orden, y cuando estuvo á punto de estallar la guerra contra la Polonia, estalló la sublevación general contra el gran maestre, capitaneada por el jefe militar ó mariscal de la orden, que revocó las órdenes belicosas dadas por el gran maestre. Después éste, en un capítulo convocado por él en Marienburgo, fué destituido bajo la acusación de haber desatendido el consejo de los altos dignatarios, de haber instituido un consejo de representantes de la nobleza y de las ciudades, y de haber provocado una nueva guerra con Polonia guiado por motivos ambiciosos contrarios á la orden y al país. No pudiendo probarse nada que autorizase á los acusadores á encerrar al gran maestre destituido en un calabozo y hacerle morir en él, según las severísimas leyes de la orden, se hubieron de contentar con enviarle en calidad de comendador

á Engelsburgo, uno de los castillos mas apartados y mas miserables que la orden poseía. En su lugar fué elegido gran maestre el jefe de la conspiración, el mariscal Kúchmeister de Sternberg. Este y sus cómplices, temiendo todavía á su predecesor, se valieron de la conspiración que armaron al parecer unos pocos partidarios del gran maestre destituido, indignados de la conducta que se habia observado con él; acusaron á Plauen de haber entrado en negociaciones secretas con el rey de Polonia contra la orden y le tuvieron durante largos años en estrecha prision en Dantzig, atribuyéndole una traición que quizás tramaban solo sus partidarios, particularmente su hermano, el comendador de Dantzig. De esta última plaza, el gran maestre destituido y preso fué trasladado al castillo de Brandeburgo, al Sur de Königsberg, donde estuvo encerrado tres años, y se le trató tan mal que en una carta que se conserva, suplicaba á su sucesor que procurara que á lo menos se le diera de comer y no se le dejara pasar hambre. Otro gran maestre, Pablo de Russdorf, le dió libertad en 1429 y le envió de enfermero al establecimiento de Lochstädt, en la actual provincia (gobierno) de Königsberg, donde murió en el mes de diciembre del mismo año.

La orden teutónica, que en su obcecación no quiso someterse al cambio de política interior imaginado por Plauen, se encontró en una situación que se empeoraba de día en día. Vivía en hostilidad permanente con Polonia y con sus propios súbditos, los cuales, después de las esperanzas